

ya ahuecando linos, ya pulsando cuerdas—;
y los ritmos amplios que hay en el discurso
de los oleajes y de las mareas.

IX

En las teogonías
tropicales, fuera
como un dios este hombre,
que la sal no en vano y el yodo olfatea,
desde los peñascos en que desdeñosas
su cristalería las olas revientan...

¿Será un dios anfibio
de alguna de tantas religiones muertas?

X

Tal, a veces, cuando
de las aguas surge y encima se sienta
de un peñasco, donde, con són fatigoso
de fuelle, suspira... resopla... jadea,...
pensar suele que una repentina ola
le estalla en las venas,
y, desvaneciéndose en sudores fríos,
un vapor de espumas sube a su cabeza:
entorna los ojos;
palidece; tiembla;
y este hombre, en el mismo vértigo que sufre,
como ve que empiezan
a girar en una danza pavorosa,
cielo, mar y tierra,
quizás se imagina ser en tal instante
el centro de toda la Naturaleza...

XI

¿Será un dios anfibio
de alguna de tantas religiones muertas?

¿Será el dios del Golfo, donde el mar simula
meditación de alguien que se reconcentra
en el misticismo
de una vida intensa?

XII

Este hombre ama el Golfo; porque en el refugio
del Golfo, las aguas del mar son más bellas,
se hacen más azules
y en cobrar se obstinan mayor transparencia.

Es en los rincones de las ensenadas
donde el mar se encierra
con afán de artífice
a cuajar sus perlas,
cual si fuese monje que a labrar custodias
se aislase en la dulce quietud de su celda...

XIII

En las ensenadas
recogen los ojos de este hombre la fresca
visión de un mar límpido,
en cuyos añiles la espuma blanquea
al redor de islotes, que son como grupos
de frutas servidas en amplias bandejas...

Dientes enfilados
de arrecifes bruscos, desgarran cual sierra
las olas; y sobre los cielos que fingen
pantalla de seda,
salpican su mancha
las sombras chinescas
de los alcatraces, que con largo pico
las aguas perforan y tijeretean
y que, al fin, clavados contra algún islote,
se ensimisman como figuras de cera...

En la superficie
del mar,—que esplinático al vaivén se entrega,—
peces voladores
rasgan como flechas
el aire y sacúdense
en lo alto y chispean...

Y entre los peñascos
de la playa, dejan
las resacas ostras y crustáceos cuyas
fastuosas corazas al Sol reverberan...

De pronto, vacío
resalta en la arena,
caracol enorme que sus oprimidas
curvas desespera
en un temblor como de afán imposible
o en un torbellino de estrofa dantesca:
no en vano en su boca,
que uno de los labios lascivo descuelga,
luego habrán de oírse los hondos rumores
de las olas que urden palabras secretas;
porque el retorcido
caracol pudiera
ser la cornucopia
que, en los siglos, vuelca
la emoción pagana con que, en voluptuosos
éxtasis, sonríen cielo, mar y tierra...

XIV

Fuera de la rada
que amplía sus formas de herradura, fuera
de esas aguas suavemente recogidas
en el hueco de una concha gigantesca,
su perfil arrastra por el horizonte
suntuoso navío que de su humareda
tras de sí dejando va jirones, como
quien entender se hace con palabras sueltas,...
o deslízase, otras
veces, orgulloso de sus lonas épicas,
bergantín fantástico,
en cuya silueta
parece que algo habla de piraterías,
de romanticismos y de cosas viejas...

XV

Las naves que cruzan por el horizonte,
en su marcha el fúnebre augurio proyectan
de las tempestades y de los naufragios
en las soledades azules y eternas...
Así este magnífico hombre de las playas
tropicales tiembla
cuando pasa un buque por las lejanías
con rumbo hacia donde quizás nunca llega...

El pavor que infunde lo desconocido
su espíritu inquieta;
y, al pensar en viajes trágicos por ronc
mares, a sus costas nativas se apega,
como el egoísta
molusco a la peña.

XVI

¡Las nativas costas!... En un mar tranquilo,
—que sus fatigadas ondas hamaquea,
bajo de un Sol cuya majestad difúndese
en una despótica y sensual pereza,—
crepitante lancha va porfiando sobre
las espumas crespas,
como viejo lobo
que pusiese en fuga rebaños de ovejas...

Es obsesionante
la impresión nerviosa de cuando revienta
el afrodisíaco hervor de las blancas
espumas al frote de la quilla trémula...

A veces, la lancha recoge en las ondas
red que, inflada, enseña,
por entre sus hilos, cien peces de plata
mintiendo un profuso temblor de monedas...
Otras veces, como
si movido fuera
por resorte oculto, desde el fondo brinca
de la lancha el hábil pescador de perlas.